

GERTRUDE HIMMELFARB

LAS ILUSIONES DEL COSMOPOLITISMO

Fui vacunada contra el cosmopolitismo a muy temprana edad. En un curso de historia al que asistí en los primeros años de mi carrera, poco después del estallido de la segunda guerra mundial, el profesor nos explicó que lo que estábamos presenciando eran las últimas bocanadas del nacionalismo, sus estertores. El nacionalismo había sido un fenómeno del siglo XIX, el romántico producto lateral del apogeo del Estado-nación. A duras penas había sobrevivido a la primera guerra mundial, y seguramente la segunda significaría su fin, lo que conduciría a un orden cosmopolita comprometido con los ideales universalistas de la Ilustración. El profesor, un distinguido erudito, hablaba con gran autoridad, puesto que tenía un conocimiento personal y profesional de la materia. Emigrado recientemente de Alemania, tenía una experiencia directa y trágica de ese anacronismo conocido como nacionalismo.

Ya entonces, a mis dieciséis años, me di cuenta de que algo no cuadraba en su descripción. Recordaba, por lecturas anteriores del curso, que la propia Ilustración había dado carta de naturaleza a un nacionalismo agresivo. Y, como judía, era dolorosamente consciente del virulento nacionalismo que recientemente había transformado un país eminentemente ilustrado y civilizado en un país bárbaro y asesino.

Ni siquiera mis veleidades trotskistas, en mis primeros años de universidad, disiparon mi escepticismo acerca del inminente triunfo del cosmopolitismo. Estaba dispuesta a creer en gran parte de la doctrina marxista: la lucha de clases, la inevitabilidad

de la revolución, el triunfo del proletariado... pero no en la desaparición del Estado. El ejemplo de la Unión Soviética, reforzado por la lectura de Michels y Pareto, no inspiraba mucha confianza en ello.

Las fantasías cosmopolitas que aún podía tener se desvanecieron totalmente al acabar la guerra, cuando acudí, en Londres, a la convención del Partido Laborista Independiente. La convención aprobó por unanimidad y con gran entusiasmo una resolución en favor de una Europa unida. Visados, pasaportes, y los otros estigmas de la ciudadanía serían abolidos, e ingleses y europeos se unirían en una hermandad común. (Esto fue cuando el término «hermandad» todavía era permisible.) Inmediatamente después, la convención se vio en la tesitura de aprobar otra resolución, esta vez en favor de la independencia de Escocia. Tal como yo lo recuerdo, esta moción también fue unánimemente aceptada.

El ensayo de Martha Nussbaum me hace evocar estos recuerdos de juventud. En un momento en el que la Unión Europea está afrontando multitud de problemas y el «euroescepticismo» se expande en todos los países pertenecientes a dicha Unión; en el que la Commonwealth británica está dejando prácticamente de existir, en el que proliferan las sangrientas guerras nacionalistas en la antigua Yugoslavia y en lo que queda de la Unión Soviética; en la que el nacionalismo aliado con el fundamentalismo religioso se ha convertido en una amenaza perpetua en el Oriente Medio, y en la que en los Estados Unidos el multiculturalismo desafía la propia idea de *E Pluribus Unum*, Nussbaum tiene la audacia de instarnos a reafirmar el antiguo ideal del cosmopolitismo. Nuestra «lealtad» —afirma Nussbaum— se debe a «la comunidad mundial de seres humanos». Este ideal, en vez de la identidad nacional, «se ajusta más a nuestra situación en el mundo contemporáneo».

El cosmopolitismo, nos asegura Nussbaum, no implica la creación de un «Estado mundial». Pero en las frases siguientes (y repetidas veces en lo sucesivo), se refiere «al ciudadano del

mundo» y a «la ciudadanía mundial», términos que tienen poco significado si no es en el contexto de un Estado. Esto no es ninguna nimiedad, puesto que atañe al núcleo de su ensayo: su esfuerzo en basar una moralidad universal en una comunidad universal y sin Estado. Si, como ella sostiene, la nacionalidad es «moralmente irrelevante» para el ideal cosmopolita, también lo es la política que define a la nación, y lo mismo sucede con la idea de ciudadanía. Y también lo es toda la historia. Y no sólo la historia moderna, cuyas categorías fundamentales son la nacionalidad y el Estado, sino incluso la historia antigua que es su especialidad.

Nussbaum cita abundantemente a los estoicos como defensores de la idea de una «comunidad moral» universal y de la «ciudadanía mundial». Pero no cita ni una sola vez a Aristóteles. Sin embargo, el dictum aristotélico según el cual «el hombre es, por naturaleza, un animal social» ha demostrado mucha mayor prescencia que la doctrina estoica. Ciertamente, la polis aristotélica no es el Estado moderno. Pero es una forma de gobierno. Y no un gobierno mundial, sino específico, histórico; un gobierno de leyes e instituciones mediante las cuales —y sólo mediante las cuales, creía Aristóteles— el hombre puede intentar instaurar, de manera consciente y racional, un régimen justo y la búsqueda de una vida buena.

Nussbaum se refiere a los «valores universales sustantivos de la justicia y el derecho»; a la «comunidad mundial de la justicia y la razón»; a la «comunidad moral creada por la humanidad de todos los seres humanos»; a «los objetivos, aspiraciones y valores comunes» de la humanidad. Pero ¿dónde podemos encontrar estos valores sustantivos, universales y comunes? ¿Y cuáles son éstos, específicamente, concretamente, existencialmente? Responder a estas cuestiones supone entrar en el mundo de la realidad, que es el mundo de las naciones, los países, los pueblos y las políticas.

Nussbaum parece a punto de entrar en este mundo cuando nos insta a considerar «de cuán distintas maneras éstos [los ob-

jetivos, aspiraciones y valores comunes de la humanidad] se ven reflejados en las diversas culturas y las diversas historias». Los estoicos, nos dice, insistían en que la tarea fundamental de la educación es «la vívida percepción de lo diferente». Pero ella no entra a imaginar lo diferente. De haberlo hecho, hubiera podido descubrir que sus valores cosmopolitas —«la justicia y el derecho», «la justicia y la razón», «la razón y el amor a la humanidad»— no se ven reflejados de maneras «distintas» en las diversas culturas e historias que componen el mundo. Lo que se refleja son valores bastante distintos, que poco tienen en común con los suyos.

A riesgo de rebajar el tono del discurso, podríamos traducir estos exaltados conceptos en términos mundanos para averiguar si, en realidad, son compartidos por toda la humanidad. La «justicia» se puede entender como el imperio de la ley; el «derecho» como los derechos civiles de las minorías; la «razón», como el ejercicio del discurso racional; o el «amor a la humanidad» como el tratamiento humano a los seres humanos. Ni siquiera el más ferviente de los cosmopolitas podría afirmar que todos ellos son valores «del conjunto de la humanidad». Muy al contrario. Estos valores no sólo son violados en la práctica por una buena parte de la humanidad, sino que, en principio, ni siquiera son aceptados como valores por toda la humanidad. En realidad, son valores predominantemente, quizá exclusivamente, occidentales. Y son las naciones que se fundamentan en los principios y tradiciones occidentales las que han intentado darles una realidad existencial incorporándolas en sus gobiernos, leyes e instituciones.

Sorprendentemente, el catálogo de valores cosmopolitas de Nussbaum omite dos a los que ella misma debe tener en gran consideración: la democracia y la libertad. Quizá ello se debe a que estos valores todavía están más «vinculados con la cultura», como los señala la injusta frase, que los conceptos abstractos de los derechos o la razón, más característicos de la cultura occidental que cualquier otro. También están más «vinculados con

la política», e incluso podríamos decir que dependen más de las instituciones nacionales y políticas y, una vez más, de las naciones y gobiernos occidentales que cualesquiera otros.

En cuanto se refiere a los principios y políticas específicas que, presumiblemente, Nussbaum valora —los programas sociales asociados con el Estado del bienestar, la educación pública, la libertad y la tolerancia religiosa, o la prohibición de discriminación racial o sexual— éstos dependen no de un nebuloso orden cosmopolita, sino de un vigoroso orden administrativo y legal cuya autoridad deriva del Estado. El primer requisito de un Estado del bienestar es un Estado. De la misma manera que el requisito básico de la cooperación internacional, a la que Nussbaum considera un elemento indispensable para el desarrollo económico, la protección ambiental, y los asuntos relativos a la «calidad de vida», es la existencia de Estados capaces de emprender y fomentar acuerdos internacionales. No en vano el término «nacional» es uno de los ingredientes básicos y necesarios del concepto «internacional».

Nussbaum también se deja en el tintero algunas otras cuestiones; por ejemplo, omite mencionar el fundamentalismo islámico, que podría evocar desagradables imágenes de sumisión y abusos contra las mujeres, la intolerancia y las persecuciones religiosas, los gobiernos despóticos y los sistemas de castas, el trabajo infantil y el analfabetismo, y otras desagradables prácticas que difícilmente concuerdan con la visión de una «comunidad moral» universal.

El cosmopolitismo oculta todos estos lamentables hechos y, ciertamente, oculta la realidad del mundo en el que verdaderamente habitan muchas buenas personas. Es utópico, no sólo por la irrealidad de suponer una comunidad de «objetivos, aspiraciones y valores», sino también por su injustificado optimismo. Se podría objetar que el Estado-nación capitalista característicamente occidental tiene sus propias deficiencias y sus propios males. Y eso es innegable. Pero son deficiencias y males que, al final, son parcialmente remediabiles en el marco de una política

democrática y un sistema legal seguro. Y, en el peor de los casos, palidecen en comparación con las deficiencias y los males de los países no occidentales y no capitalistas.

Por encima de todo, lo que el cosmopolitismo oculta, e incluso niega, son los dones que la vida nos da: parientes, ancestros, familia, raza, religión, herencia, historia, cultura, tradición, comunidad... y nacionalidad. Éstos no son atributos «accidentales» del individuo. Son atributos esenciales. No llegamos al mundo como individuos autónomos que vagan libremente. Llegamos al mundo con todas las características específicas y definitorias que concurren en un ser humano plenamente constituido, en un ser con identidad. La identidad tampoco es un accidente o una cuestión de elección. Es algo dado, no voluntario. En el transcurso de nuestras vidas podemos rechazar o alterar una u otra de estas características dadas, quizá por alguna buena razón. Pero el hacerlo implica algún coste para el yo. El «yo proteico», que aspira a crear una identidad *ex novo*, es un individuo sin identidad, de la misma manera que una persona que repudia su nacionalidad es una persona sin nación.

Otorgar nuestra «lealtad fundamental» al cosmopolitismo es intentar trascender no sólo la nacionalidad, sino todas las verdades, particularidades y realidades de la vida que constituyen la propia identidad natural. El cosmopolitismo tiene una aureola de bondad y altruismo, pero es una ilusión, y es también, como todas las ilusiones, peligroso.

MICHAEL W. MCCONNELL

NO OLVIDEMOS LAS PEQUEÑAS UNIDADES

Hoy en día no sufrimos un exceso de patriotismo. Ciertamente es que los jóvenes de los Estados Unidos no saben mucho acerca de las culturas, historias, religiones y aspiraciones de otras naciones. Pero ello no se debe a que estén preocupados por la propia. Pocos son los jóvenes estadounidenses que conocen bien o se preocupan por las culturas, historias, religiones y aspiraciones de su propia nación. Nuestro problema es la falta de confianza en cualquier idea del bien, y la falta de pasión por cualquier otra cosa que no sea la gratificación material.

¿Cómo pueden educar, en semejante clima intelectual, las escuelas públicas responsables? Toda afirmación de principio es, simplemente, un intento de «imponer valores» a alguien. La enseñanza de cualquier perspectiva (bien sea cosmopolita, patriótica o de otro tipo) se ve refutada por la simple existencia de otra perspectiva. Cosmopolitas y patriotas se ven reducidos al silencio por el desdén de un pueblo escéptico y por las susceptibilidades de los disidentes.

Por tanto, el llamamiento de Martha Nussbaum en favor de una educación moral «cosmopolita» voluntariamente consciente es bienvenido, aunque sólo sea porque reconoce la necesidad de dar algún tipo de educación moral coherente. Pero al presentar el cosmopolitismo como opuesto al «patriotismo» o al «orgullo nacional», al proponer enseñar a los niños que su «lealtad fundamental» es la que deben al hecho de ser «ciudadanos de un mundo de seres humanos» en vez de a la de ser ciudadanos de los Estados Unidos, y que esto último es «moralmen